

Se suscribe á este periódico que sale los Lunes, Miércoles y Viernes, en la Redaccion situada en la calle de las Fuentes, n.º 11.



Precio de suscripcion, 5 rs. al mes para esta ciudad y particu-
lares de los pueblos franco de porte; y para los Ayuntamientos 10 rs. por trimestre.

BOLETIN OFICIAL DE SORIA.

ARTICULO DE OFICIO.

JUNTA PROVISIONAL SUPERIOR
de la provincia de Soria.

Número 249.

La Junta habiendo tomado en consideracion la actual planta del Instituto provincial de segunda enseñanza establecido en esta capital, y los medios con que contará para el sostenimiento de sus obligaciones, ha considerado necesario su reorganizacion. Mas como para ello haya precision de meditar con calma y detenimiento las medidas convenientes á conseguir las mayores ventajas positivas en beneficio de la juventud, en armonia con los intereses públicos, ha resuelto desde luego en sesion de este dia lo siguiente:

Artículo 1.º Se suprimen desde esta fecha las obligaciones alimenticias de Director, Catedráticos y demas empleados y dependientes del Instituto provincial de segunda enseñanza.

Art. 2.º Subsistirán sin embargo por ahora, y hasta la nueva reorganizacion de dicho establecimiento, las cátedras de latinidad existentes y la plaza de portero, con sus respectivas dotaciones.

Art. 3.º Una Comision que nombrará la Excm. Diputacion provincial dará las disposiciones convenientes para que por quien corresponda se haga entrega á la misma por inventario de la biblioteca, archivo, cuentas, enseres, efectos y cuanto pueda pertenecer al referido establecimiento y su Secretaría.

Art. 4.º La Comision de Instruccion pública del seno de la Junta se ocupará de presentar en el término mas breve posible el proyecto de reorganizacion del insinuado Instituto, llamando para ello los antecedentes de su creacion y demas que exista en las dependencias de la provincia, á fin de que no haya intervalo en los cursos literarios. Soria 22 de Julio de 1843.—Simeon Aguirre, Presidente.—Bonifacio Garcia, vocal Srío.

El Sr. Ministro de Hacienda militar de la provincia, en oficio fecha de hoy, dice á esta Junta lo que sigue:

“Excmo. Sr.: Nombrado por el Excmo. Sr. Capitan general de este distrito Gefe de Administracion militar del Ejército expedicionario de las provincias de Galicia y Castilla la Vieja, y llegado el oficial del cuerpo D. Antonio Serrano con las ordenes para mi partida y sustitucion durante mi ausencia, lo hago presente á V. E. para su debido conocimiento, y que se sirva reconocer y hacer reconocer al espresado Serrano, bajo la firma que estampa á continuacion.”

Lo que se anuncia para que llegando á noticia de los pueblos y autoridades de esta provincia les sirva de gobierno á los efectos que puedan convenirles. Soria 23 de Julio de 1843.—Simeon Aguirre, Presidente.—Bonifacio Garcia, vocal Secretario.

Gobierno político de la provincia de Soria.

Número 250.—Circular.

Habiendo observado que diferentes autoridades de los pueblos de esta provincia dirigen por transitos de Justicia muchos pliegos de interés puramente local, y en que ninguno tiene el servicio público, distrayendo de este modo del trabajo personas que si en todas épocas les es perjudicial, en ninguna como en la presente, destinada á la recoleccion de frutos, cuya conduccion de pliegos les ocasiona daños de tan grave trascendencia: con objeto pues de evitarlos, prevengo que en lo sucesivo ninguna Justicia ni Ayuntamiento de los pueblos de esta provincia dirijan á las autoridades de la misma oficio, pliego ú otra comunicacion por transitos de Justicia que no sea de interés ó servicio público, viéndome en otro caso en la sensible precision de ejercer el rigor de mi autoridad protectora contra la que falte á la anterior disposicion. Soria 21 de Julio de 1843.—El Barón de Pallaruelo.

Ramon Martinez, natural del lugar de Alconaba, de la edad, señas y trage que á continuacion se espresan, se ha ausentado contra la voluntad de sus padres, en cuya compañía vivia, ignorando su paradero, y habiendo sido reclamado por éstos, recomiendo muy particularmente á las Justicias de los pueblos de ésta provincia, que caso de aparecer en alguno de ellos el re-

ferido Martinez, procedan á su captura conduciéndolo á mi disposicion por tránsitos de Justicia. Soria 21 de Julio de 1843.—*El Barón de Pallaruelo.*

Edad 12 años, estatura baja, pelo rojo, chaqueta de paño pardo, chaleco y calzon de paño bastante destrozado, medias de lana parda, albarcas y un pañuelo viejo en la cabeza.

Relacion de la mina que se ha registrado en este Gobierno político en el mes de Junio último.

Fecha.	Núm.	Nombre del registrador.	Nombre de la mina.	Clase del mineral.	Lugar y término donde radica la mina.
27	5	Don Pedro Sainz de Andino, vecino de Madrid.	Camarera.	Hierro.	Velilla de Medinaceli. Valdemartin, término comun.

Soria 23 de Julio de 1843.—*El Barón de Pallaruelo.*

ANUNCIO.

Se hace saber al público que en el día 17 del mes de Junio último pasado fueron sumergidos totalmente los frutos de la tierra en diez y siete pueblos de la provincia, que son los siguientes: Mazateron, Almazul, Villaseca, Portillo, Cardejon, Jaray, Pinilla, Hinojosa, Pozalmuro, Tajahuerec, Aldealpozo, Villar, Castellanos, Valdegeña, El Espino, Castejon y Esteras.

Lo que se pone en conocimiento de los pueblos de esta provincia para que las Justicias de los mismos usen de caridad con los vecinos que tienen que salir por necesidad de sus hogares por causa del dicho acontecimiento.

VARIEDADES.

CONCLUYE EL EPISODIO INSERTO

en el número anterior.

Puesto que ha llegado el momento en que Galeazo Sforzia debe dar cuenta al Ser Supremo de sus iniquidades, es necesario proceder como hombres en este acto de alta justicia. No sois unos infames asesinos, sois si unos jueces que van á ejecutar un juicio fallado en la soledad de su conciencia. Valientes milaneses, pensad aun esta noche en el proyecto que vais á emprender, y mañana á las siete en el jardin de la Basílica de S. Ambrosio os unireis por un solemne juramento, porque la causa de que os erigis defensores es una causa grande, benéfica, es la de la humanidad.

Los tres jóvenes se inclinaron y recibieron la bendicion del entusiasta anciano. Una hora despues Montano estaba solo, volvió á tomar sus

biblias y pasó la noche en las mas austeras meditaciones.

Era un hermoso dia de invierno; el sol se elevaba triunfante á su zenit, lanzando á la tierra sus vivificadores rayos, y disipando con su fulgente luz la turbia niebla que oscurecia la condensada atmósfera. El reloj de la Basílica de San Ambrosio acababa de dar las siete, cuando por diferentes calles se vieron venir los cuatro conjurados, juntándose despues en una de las mas apartadas glorietas del jardin. Una melancólica sonrisa brilló un instante en los labios de Montano al estrechar en sus brazos á sus discípulos; retuvo en ellos á Olgiati un largo rato; una lagrimita brotó de sus ojos y rodando por sus mejillas cayó en la mano del joven, al mismo tiempo que el anciano con voz mal asegurada le preguntó.

—¿Qué edad tienes?

—Veinte y tres años, padre mio, pero mi corazon ni mi brazo faltarán á la causa del honor.

El rostro de Montano se revistió de un carácter de inflexibilidad, y sacando un Cruzifijo de su pecho exclamó.

—De rodillas, libertadores de Milan, jurad por este simbolo de nuestra santa creencia, sacrificad vuestros bienes, los placeres de la vida, vuestra libertad y vuestra sangre á la salud del pais.

Jurad que perseguireis al asesino Galeazo Sforzia Duque de Milan, y que no descansareis hasta sepultar vuestros puñales en su corazon de tigre. Jurad.

Las manos de los jóvenes tocaron el Cruzifijo al mismo tiempo que pronunciaron su irrevocable juramento.

Olgiati se apartó un instante de sus amigos y se internó por los sombríos arcades de la Ba-

sílica, y prosternado ante la efigie de S. Ambrosio oró largo rato con el mayor fervor. Después volvió á reunirse con ellos.

Ya es tiempo de separarnos, dijo Montano, el Dios de Abraham y de Israel, vela sobre nosotros. El santo patron de Milan nos proteja y el grito del pueblo y libertad resuene bien pronto con entusiasmo en los corazones libres é independientes.

¡Silencio! interrumpió Lampugnani; no veis al fin de esta calle de árboles un bulto que nos observa?

Es un penitente, contestó Vizconti, al mismo tiempo que dirigió sus pasos hácia aquel sitio.

—O puede que sea el demonio que viene á aplaudir nuestra resolución.

La aurora del 26 de Diciembre de 1746 apenas mostraba su hermosa faz, que velaba un opaco manto de cernida nieve; un gentío inmenso se agolpaba en la iglesia de S. Estéfano, donde Vizconti, Olgiati y Lampugnani, arrodillados ante la imágen del primer mártir de la fé de Jesucristo, imploraban el perdón de la venganza que iba á ejecutarse en su santo templo. Galeazo Sforzia debía asistir aquella mañana á una solemne misa con los embajadores de Mantua y Ferrara, y los conjurados habian escogido aquel lugar para hacer mas visible la escena de la espacion.

—Si habrá Galeazo mudado de parecer, dijo Vizconti.

Hiria á herirle en su mismo palacio, contestó Olgiati, con un terrible aire de resolución. Uno de nosotros debe perecer hoy.

Paede que los cuatro, replicó Lampugnani; sepamos esta noche el gran secreto de la muerte. A la verdad que tengo deseos de ver ese tránsito fatal, por donde pasan tantos y ninguno vuelve. Queridos amigos, aquel á quien Dios destine para comparecer ante su severa presencia, que venga á contarnos algo de lo que todos tanto desean saber. Pero dónde está Galeazo, ese Satanás, que aun no ha llegado?

—Ya llega, exclamó Olgiati. Escuchad, no ois las confusas voces del pueblo servil que le victorea. ¡Oh! que no tiemble mi mano!!! Salvadores de Milan, de rodillas; pidamos fuerzas al que puede terminar de un soplo nuestra existencia, al que hizo á David vencedor de Goliat.

Oraron juntos; era un espectáculo imponente ver tres hombres implorando sobre un pensamiento de sangre la bendición de un Dios de misericordia.

Ya habia el Duque de Milan entrado en la iglesia, en medio de las aclamaciones de un pueblo esclavo que besaba la mano de su verdugo, y colocado entre los embajadores aguardaba que empezase el sagrado sacrificio de la Misa.

Un hombre con la cabeza erguida y paso firme se adelantó abriéndose paso por entre la multitud. Era Andrea Lampugnani. Puso su mano derecha sobre el hombro derecho de Galeazo en

señal de respeto y dobló la rodilla ante él. El Duque, al verle en una actitud tan suplicante, iba á preguntarle qué queria, cuando el jóven sacando un puñal que traia oculto en la manga le hirió en el vientre, al mismo tiempo que Olgiati le asestó dos golpes en el pecho y la garganta, habiendo sepultado Vizconti su puñal en las espaldas. Durante aquel acto terrible de justicia no se pronunció ni una sola palabra. Una inconcebible prontitud, una espontaneidad prodigiosa, habia caracterizado aquel sangriento drama.

El Duque de Milan cayó espirante en los brazos de los embajadores, exhalando de su pecho un ronco gemido.

El templo se convirtió entonces en un teatro de maldiciones, de terror; unos corrian, otros gritaban; unos asustados se precipitaban hácia la puerta, al mismo tiempo que otros con espada en mano se habrian paso hácia el lugar de la escena que parecia una masa compacta, de donde se veían salir rostros lívidos y aterrados, rostros amenazadores, con fulminantes miradas. ¿Cuál era el objeto de aquel acto tan sangriento? ¿Era por ventura alguna conspiracion contra el Estado? Hé aqui la pregunta de todos.

Pasados los primeros momentos de estupor, las guardias habian pronunciado el nombre de los asesinos, y seguidos por un irritado pueblo habian salido en su persecucion.

Vizconti y Lampugnani, fueron asesinados y arrastrados por las calles.—Olgiati, que habia logrado sustraerse por algunos momentos de la furia de aquellos malvados, fué preso y sepultado en un oscuro calabozo. Allí fué donde los verdugos aguzaron sus pensamientos de muerte, para hacer sufrir los mas dolorosos tormentos. Después de torturado escribió por mandato de sus jueces la relacion circunstanciada de la muerte de Galeazo, relacion que tiene un carácter admirable de patriotismo y de entusiasmo religioso.

Ultimamente, sus jueces le condenaron á ser mutilado vivo.

La violencia de un golpe de verdugo le hizo exhalar un grito.

Esta muerte es muy cruel, exclamó; pero qué me importa si he salvado de su verdugo á Milan.

ARSENIO Á FABIO.

Heroida.

Desde el sitio mas áspero y fragoso
Que ofrece el escarpado Pirineo,
De amistad en las alas, dulce Fabio,
Salud te envia tu trocado Arsenio.
En estas soledades y espesura,
En este silencioso apartamiento,
Anunciando terror y sangre y muerte
Un dia retumbó el clarín guerrero;
Cuando las poblaciones y llanuras
Vencedor dominando el Agareno,

El español su libertad y culto
 Conservó entre los montes encubierto,
 Mas ahora resuenan mis gemidos,
 Al compas de copiosos hervideros,
 De bullidoras aguas, que al profundo
 Se precipitan con furioso estruendo.
 En un mar sumergido de placeres
 Tú me viste ¡o dolor! en otro tiempo,
 Y eres testigo fiel de mi molición,
 De mi loco pensar y devaneos.
 Mas mis ojos abriendo al desengaño
 Visto de penitencia el traje austero,
 Y del cilicio sufro la aspereza
 A pesar suyo mi rebelde cuerpo.
 La señal veneranda, que á los hombres
 La redencion recuerda, es mi consuelo,
 Los duros ejercicios mi delicia,
 Y mi gloria el humilde abatimiento.
 ¡Cuántas horas postrado se me pasan
 Cabe la fria huesa, en cuyo seno
 Esperarán eladas mis cenizas
 De la final trompeta el llamamiento!
 Allí mi faz pegada con el polvo
 Mis encendidas lágrimas y ruegos,
 Porfian con firmísima constancia
 Por aplacar al irritado cielo.
 Todo, todo á alabarte me convida:
 El Padre de la luz con sus reflejos,
 Y la noche sombría y tenebrosa
 Con su sagrado horror y alto silencio.
 Muéveme con sus flores primavera
 De espigas en estió el campo lleno,
 Los árboles colmados en otoño
 Y la aridez del aterido invierno.
 En la leve arenilla, que conmueve
 El aura imperceptible con su aliento,
 No menos que en las altas cordilleras
 La omnipotencia de Jehova contemplo.
 El abeto gigante, el arbolillo,
 El junco y el arbusto mas pigmeo,
 La inodora amapola y la violeta
 Elevan al Señor mis pensamientos.
 Mil cánticos escitan en mi labio
 El trino de las aves lisonjero,
 El horrído bramido de las fieras
 Y el zumbido sutil de alado insecto.
 El rio con su rápida corriente
 Con su plácido curso el arroyuelo,
 De nuestra frágil presurosa vida
 Presentan á mis ojos un remedo.
 La deliciosa y apacible calma,
 La tempestad, el huracan violento,
 El bronco trueno y tremebundo rayo.
 A la meditacion mueven mi pecho.
 Adios las diversiones y las risas,
 Adios los lisonjeros pasatiempos
 Y vanas alegrías que falaces
 El fruto del dolor me produgeron.
 El engañoso mundo en copa de oro
 Nos brinda con placeres halagüeños,
 Mas el incauto labio la amargura

Tan solo bebe del absintio acerbo.
 Por qué de seducción ay! á sus voces
 No resisti, como el prudente Griego,
 Que cerró sus oidos, despreciando
 De las sirenas el suave acento?
 No puedo dignamente, Fabio mio,
 Hacerte la pintura del suceso,
 Del suceso feliz, que para siempre
 A dejar me obligó tal derrotero.
 Al tiempo que la noche sobre el mundo
 Ejerce de sus sombras el imperio,
 Por solitaria selva caminando
 Llegué en fin á perder todo sendero.
 La luna plateada no lucia:
 Los astros ocultaban sus reflejos,
 Ni por todo aquel largo despoblado
 De choza pastoril brillaba el fuego.
 Naturaleza toda enmudecia:
 Del rio solo el raudó movimiento
 Retumbaba sonoro, ó la alta copa
 Del pino erguido y del copudo fresno,
 Cuando en tumulto súbito se apiñan
 Enormes grupos de nublados densos,
 Como funebre paño de tristeza
 Que cubre un ataúd, quedando el cielo.
 Truena la tempestad: sigue la lucha
 De los contrarios bramadores vientos,
 Y es el éther hoguera continuada
 Al fulgor de relámpagos siniestros.
 Irritado el Señor sobre las nubes,
 En ademan recibe justiciero
 Los rayos encendidos, que temblando
 Los ángeles de horror, le están sirviendo.
 Lánzalos con furor: el estallido
 Estremece los montes mas excelsos,
 Y herida de su llama abrasadora
 La pinifera cumbre se vé ardiendo.
 Despavorida, en tropel confuso
 Dejan las fieras el oculto centro
 De sus hondas cavernas y bramando
 Corren por todas partes con pie incierto.
 Mi corazon palpita de congoja,
 Mis plantas titubean con el miedo,
 Y la sobresaltada fantasia
 A la muerte descubre en cada objeto.
 De pánico terror sobrecogido
 Agoviado de tristes pensamientos,
 Ni bien oso alargar el tardo paso
 Ni entre peligros tantos estar quedo.
 Entre dudas y angustias indeciso,
 Sin fuerzas ni valor, ya desfallezco,
 Cuando pálida antorcha moribunda
 A mi vista se ofrece allá á lo lejos.
 No tan activo al vislumbrar el faro,
 Su afan redobla el triste marinero,
 Como yo hácia la luz de mi esperanza
 No sin mortal zozobra mis pies muero.
 Trémulo, sudoroso, jadeando
 Llego por fin al brillo macilento,
 Cuando me veo en el fatal recinto
 De vetusto y ruinoso cementerio. (Se continuará)